

las generaciones futuras con medidas que condicionen el tiempo en que han de vivir. El futuro es una magnitud que manejamos continuamente, que tenemos a nuestra disposición, cuando hacemos determinadas operaciones económicas, cuando actuamos sobre el medio ambiente o diseñamos un determinado entramado institucional. De ahí que sea necesario preguntarse por la legitimidad de esa posesión o por el uso que hagamos de una magnitud que sólo es parcialmente nuestra.

La humanización de los conflictos sociales y la construcción de la convivencia humana es una tarea de regulación del tiempo. Quien gobierna debe preguntarse si dispone las cosas de tal manera que no haya discriminaciones temporales. La nueva vigilancia es, sobre todo, una observación sobre el flujo de las cosas y la medición de esas diferencias en el orden del tiempo que es necesario acompañar de alguna manera. Gobernar es permitir la coordinación temporal entre una multitud de sujetos que viven en un tiempo plural. La derecha y la izquierda están hoy mejor representadas por categorías temporales como los rápidos y los lentos o los instalados y los recién llegados. Quien insista en situarse en el espacio estará perdiendo el tiempo.

En cualquier caso, la configuración humana del tiempo es una modalidad de nuestra personalidad en la que se ponen en juego multitud de dimensiones de nuestro talante moral. Vivir bien es inseparable del cultivo de una temporalidad que no viene completamente determinada por el curso del tiempo natural, es un ámbito de ejercitación de la libertad en la concurrencia con otras libertades. Entendería mal la libertad propia quien únicamente viera en la ajena una inevitable limitación. Algo similar cabe decir del tiempo. La comunicación social supone una ampliación de las posibilidades de relación, es decir, de las temporalidades con las que uno tiene que ver. Quien actúa en un sistema social, no está clausurado en la secuencia de sus propias acciones, sino que puede acceder a otras configuraciones temporales más allá de la comunicación presente (Luhmann 1980, 1, 248). El tiempo ajeno puede ser incluso una ampliación del tiempo propio, como la libertad ajena es susceptible de incrementar la propia libertad.

Pero esta articulación de los tiempos es el resultado de un aprendizaje que no siempre es fácil y gratificante; está atravesado por la experiencia negativa que, tratándose del tiempo, suele tener la forma de la espera, el retraso, la impuntualidad, el avasallamiento o la impaciencia. Existe además la dificultad de que la coordinación entre los tiempos humanos carece de medidas objetivas absolutas. Los tiempos humanos no se determinan exclusivamente por las medidas del tiempo físico sino que incluyen categorías que involucran el temple personal, el carácter de la época, el medio social o el momento cultural. El tiempo humano es más complejo de lo que

una cronología puede establecer. El tiempo es una determinación de sentido. Un acontecimiento no se limita a acontecer, sino que acontece con una relevancia concreta y, en función de esa relevancia, vuelven a organizarse el pasado y el futuro. Formas parte de la condición humana distendida en el tiempo la posibilidad y la necesidad de reinterpretar el pasado y replantearse el futuro en virtud de los acontecimientos que tienen lugar en el presente. Cuanto sucede modifica el orden de las relevancias, que no es algo irrevocable. Todo lo que haya en la condición humana de benigno y de dramático se debe a esta ambivalencia propia de quien posee el pasado y el futuro de manera imperfecta, o sea como realidades cuyo sentido puede modificarse.

2. La experiencia de la alteridad temporal

Se podría entender la madurez como la adquisición de una determinada experiencia: la de la incongruencia entre el tiempo del mundo y el tiempo de la vida. No hay personalidad sin el descubrimiento de esta discrepancia; no hay conducción racional de la vida sin atender a las consecuencias de esta discrepancia. Nuestro tiempo no es el tiempo (del mundo o de los demás). Estamos inscritos en categorías temporales que no coinciden con nuestras medidas.

En un libro memorable titulado *Tiempo del mundo y tiempo de la vida* (1986), Hans Blumenberg examinó con atención las complejas relaciones que configuran estas dos medidas del tiempo en los orígenes de la modernidad. Este libro está dedicado a señalar la importancia que las formas objetivas del tiempo han desempeñado en la configuración del tiempo subjetivo. Precisamente el descubrimiento de la temporalidad inabarcable del universo –por ejemplo, del tiempo que tarda en llegarnos una luz estelar emitida en un espacio muy lejano– provocó una insólita conciencia de la propia insignificancia. Los escenarios cósmicos no coinciden con los escenarios históricos y estos tampoco se pliegan a las medidas del tiempo individual. El sujeto se ve así sacudido por unas magnitudes temporales inabarcables, que le ofrecen un contraste evidente con su temporalidad singular. La enseñanza de esta discrepancia es el aprendizaje de la alteridad temporal y de la relativa insignificancia de nuestras propias medidas.

Pero existe también la terquedad que consiste en aferrarse a las propias magnitudes como si fueran magnitudes cósmicas y sociales, como si no tuvieran que someterse a otras consideraciones. La equiparación entre el tiempo del mundo y el tiempo de la vida es la fuente de explicación de

fenómenos muy diversos, incluso contrapuestos, articulados en torno a los polos de la ingenuidad y la locura o sea dos medidas inapropiadas de lo humano.

La primera de esas posibilidades de congruencia la ejemplifica Blumemberg en la historia de la hija de un guardabosques. La muchacha desconoce los caminos que atraviesan el bosque en cuyo interior se encuentra su casa. «¡Feliz ignorancia! Para esta joven todos los conocimientos geográficos terminan más allá de un cuarto de milla y el mundo se pierde en lo indeterminado. La esfera de su actividad no era más pequeña que la de su mundo... ¿Qué amplitud puede alcanzar la esfera del pensamiento en una cabeza semejante?» (1986, 56). Es la fascinación de lo singular, de la coincidencia entre mi mundo y el mundo, lo que deja ver la metáfora del jardín propio. *Il faut cultiver son propre jardin*, decía Voltaire, como Rousseau o Epicuro, como la habitación privada que recomendaba Virginia Woolf a las mujeres. Esta nostalgia de la finitud la describía Hölderlin como un viaje hacia la libertad concreta: «refugiarse en algún valle sagrado de los Alpes o de los Pirineos, y comprar allí una casa amiga y la suficiente tierra fértil que se requiere para la dorada mediocridad de la vida» (Hölderlin 1928, III, 133). Es la grata simplicidad de una vida y un mundo que coincidan en amplitud, sin desajustes que compliquen nuestra percepción de la realidad: tiempos extraños, zonas desconocidas, espacios de oscuridad, ámbitos ininteligibles, exceso de complejidad... ¡Qué felicidad y –al mismo tiempo– qué limitación! De ahí la nostalgia de lo ingenuo y el odio a la incongruencia entre el mundo y el pensamiento. La vida debería estar gobernada por un único tiempo, el mío, claro está. Pero el tiempo del mundo y el tiempo de la vida se separan inevitablemente y este es uno de los primeros descubrimientos que se hacen, casi siempre de manera dolorosa o como una decepción. Lo que pasa son historias, de las que ninguna es la única, aunque algunas se presenten como si lo fueran.

Por medio de otra historia se muestra cómo la simplicidad también puede convertirse en atrocidad. El monismo del singular superlativo es inocente cuando el mundo que se controla es un pequeño claro de bosque, pero dramático cuando no conoce límites. Nikolaus von Below cuenta que Hitler, tras la ofensiva de las Ardenas, declaró con dramática solemnidad que «no capitularemos nunca. Podemos perecer. Pero arrastraremos al mundo con nosotros» (Haffner 1978, 14). Hitler ya había subordinado sus planes políticos a su propia expectativa de vida. La resolución de someter la necesidad de un tiempo objetivo a la posesión de un tiempo subjetivo fue una decisión por la guerra, que aceleró todo hacia el desastre final. El paranoico de conciencia mesiánica debió de pensar: detrás de mí no puede venir

nada. El tiempo del mundo y el tiempo de la vida se hunden simultáneamente. En el caso extremo de la paranoia la vida propia se convierte en medida del sentido histórico y social.

Lo que parece falsificar la vida es la fijación en el propio tiempo de la vida, la desconsideración de los otros tiempos. Blumenberg formula de la siguiente manera la verdadera modestia de quien ha advertido la particularidad de su tiempo existencial, su diferencia con respecto a otros tiempos posibles: «El sujeto mundano se realiza en la medida en que hace la más difícil de todas las concesiones que se le pueden exigir: que su mundo no sea el mundo, que su tiempo vital, en conexión con todos los tiempos de la vida, no se convierta en el tiempo del mundo... Es la renuncia a ser la medida de todas las cosas lo que permite al sujeto descubrir el sentido de su existencia» (1986, 306). La madurez es, en buena medida, el reconocimiento de la pluralidad, también de la pluralidad temporal. El mundo en la propia cabeza es una quimera del fanatismo por el singular. Lo que el hombre debe experimentar es la indiferencia del mundo hacia él.

Los escenarios del tiempo que inauguró la modernidad produjeron en el individuo el entusiasmo y la perplejidad ante el espectáculo de una grandiosidad donde la vida individual parecía carecer de significación. Pero asimismo los formatos sociales adquirirían unas dimensiones inauditas, por lo que también se hizo presente, junto a la alteridad cósmica, la alteridad social del tiempo. La medida de los grandes acontecimientos históricos –las revoluciones– fue tomada de los movimientos cósmicos e indicaba una misma grandiosidad en contraste con las medidas particulares. De manera menos enfática pero más real, el curso de la civilización moderna no ha dejado de incrementar la presencia del tiempo de otros en el tiempo propio, mediante las diversas formas de comunicación y coordinación entre sujetos dispares. Aparecen así una serie de asimetrías temporales que exigen ser coordinadas por mecanismos institucionales que determinan prioridades o compromisos practicables.

La pluralidad de nuestra arquitectura ambiental no ha sido nunca mayor que ahora. Nunca han coexistido tantas heterogeneidades en una red espacial y temporal tan espesa. Pero esta coexistencia no es siempre pacífica y gratificante. Aunque los mercados financieros estén sincronizados, la experiencia subjetiva del tiempo es que uno llega siempre demasiado pronto o demasiado tarde, que el hombre es algo así como un animal inoportuno, intempestivo. Las relaciones sociales ejercen múltiples coacciones temporales; el tiempo social mismo parece un instrumento de poder y control, creador de dependencias y velocidades aristocráticas. Las desigualdades adoptan una forma temporal: lo mejor es lo más adelantado, la vanguardia;